

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administración, Redacción é Imprenta de EL CUARTEL REAL, calle de la Rondilla, número 8, Tolosa.

En Estella, calle Mayor, 93, entresuelo, y en todos los puntos donde hay correos ponsales autorizados de este periódico.

Extranjero, D. Carlos Cabañero, rue Lormand, 49, Bayonne.



OTOTE MUNICIPAL
MADRID

PRECIOS DE SUSCRICION:

En las provincias Vascaas, 46 rs. tres meses; 30 semestre y 50 un año.
En el extranjero, 8 francos el trimestre y 28 un año.
El paquete de 25 ejemplares 5 rs.
Se admiten anuncios à precios convencionales.

EL CUARTEL REAL.

SECCION OFICIAL.

S. M. el Rey nuestro señor (q. D. g.) continúa sin novedad al frente de su leal y valeroso ejército.

S. M. la Reina y sus augustos hijos continúan también sin novedad en su importante salud.

EJÉRCITO REAL DEL NORTE. — CAPITANÍA GENERAL DE NAVARRA, PROVINCIAS VASCONGADAS Y RIOJA.

Excmo. Sr.: El Excmo. señor general comandante general de Navarra, D. Ramon Argonz, con fecha 9 del corriente, me dice lo que sigue:

«Excmo. Sr.: Hallábame de acuerdo con V. E. el día 2 del actual recorriendo las posiciones de Biurun y Subiza, cuando sobre el mediodía recibí un aviso participándome que una columna enemiga, fuerte de 18 á 20.000 hombres, había tomado la dirección de Oteiza, y que inmediatamente me pusiera en marcha para la parte de Estella, añadiéndome que lo habían hecho ya en aquella dirección la segunda brigada de la division de Navarra y los batallones de Guías de S. M. y primero de Rioja.»

«Al llegar á las inmediaciones de Mañeru encontré á S. M. con el señor ministro de la Guerra, manifestándome éste que á la segunda brigada precedían los batallones expresados y el quinto de Castilla, conducidos por el Excmo. señor general D. Fulgencio Carasa y el brigadier Fontecha, á los cuales alcancé en el pueblo de Iurre. Desde dicho pueblo oficié á V. E., poniendo en su conocimiento que aquella misma noche me situaría con las fuerzas en los puntos mas convenientes para hacer frente al enemigo, y aun rechazarlo si intentase atacar la plaza de Estella.»

«Las fuerzas quedaron acantonadas en esta forma: Guías del Rey en el pueblo del Grocin, con el general Carasa y brigadier Fontecha; uno de los batallones de Alava en Zurucuaín, con el general Iturmendi; el otro de dicha provincia en Arandigoyen y Villatuerta, con su comandante general Fortun; la brigada Cantabria, que estaba en Estella, ocupó para las cuatro de la mañana las posiciones sobre la ermita de Villatuerta, con el brigadier Albarran; la segunda brigada de Navarra, con mi cuartel general, se situó en Murugarren y Zabal, destinando al pueblo de Abárzuza los batallones Clavijo, quinto de Alava y quinto de Castilla, poniéndome en comunicacion con el general Iturmendi, que se hallaba en el pueblo de Zurucuaín.»

«El enemigo había ocupado desde la mañana la altura de San Cristóbal, la villa de Oteiza y pueblos de Lorca y Lácar, cuya circunstancia me obligó á ejecutar la marcha que dejo expresada, con algun rodeo y precaucion.»

«A luego de mi llegada á Murugarren, dirigí una comunicacion al brigadier Landa, gobernador militar de esta plaza de Estella, para que el señor coronel de artillería, D. Antonio Brea, se situara para el amanecer del día siguiente, con cuatro piezas de su batería y dos mas de grueso calibre, en la altura de Zurucuaín, llamada Apalar, advirtiéndole que se presentara antes á recibir mis órdenes, como lo verificó con la debida puntualidad, y á los batallones quinto de Alava y quinto de Castilla se situaran en dicha altura, en apoyo de la artillería.»

«A la una de la tarde di órden para que la segunda brigada de Navarra, al mando del brigadier don Miguel Arbeloa, y el batallon de Guías del Rey, pasaran á situarse en el pueblo de Murillo; que los batallones Clavijo, quinto de Alava y quinto de Castilla, con el general Carasa y brigadier Fontecha, siguieran el mismo movimiento, formando columna de reserva; yo, con mi estado mayor, me dirigí á Arandigoyen á conferenciar con el general Iturmendi, que con las brigadas cantabria y segunda de Alava debía hacer igual concentracion en el último pueblo. V. E. había dispuesto ya de los cuatro escuadrones de caballería que se hallaban en Arizala, segun me manifestó su jefe, el comandante D. Juan Ortigosa.»

«De regreso al pueblo de Murillo recibí el aviso de V. E. sobre el próximo ataque del pueblo de Lácar, ordenándome dispusiera las fuerzas de modo que unas secundasen el ataque por la parte Sur de dicho pueblo, reservando las otras para hacer frente á las enemigas, que desde Oteiza, Lorca y alturas próximas á San Cristóbal pudieran venir en socorro de los atacados. Inmediatamente dispuse que las fuerzas indicadas estuviesen preparadas para acometer al enemigo hasta el pueblo de Lácar y su parte Sur á la primera señal, y ordené al general Iturmendi para que con el cuarto batallon de Alava avanzase por la carretera en dirección del pueblo de Lorca, dejando como reserva de la derecha al tercer batallon de Alava con el brigadier Fortun y la brigada Albarran, ocupando el puente de Muniain el brigadier Zaratiegui con el tercer escuadron de Navarra.»

«En esta disposicion, se oyeron algunos disparos de cañon y fusilería en la parte de Alloz, lo que me hizo comprender que V. E. comenzaba la batalla. En seguida se pusieron en movimiento á la carrera, á los puntos indicados, las fuerzas de que llevo hecha mencion, organizándose sobre la marcha tres columnas paralelas con sus correspondientes reservas, desplegando la primera, ó sea la segunda brigada de Navarra, sobre el flanco izquierdo, el batallon Guías de S. M. por el centro, y el cuarto batallon de Alava, dirigido por el general Iturmendi, sobre el flanco derecho. Acto continuo se generalizó el fuego en toda la línea, contribuyendo no poco la segunda brigada de Navarra, al mando de su brigadier Arbeloa, por

su movimiento envolvente, á arrollar al enemigo en el pueblo de Lácar, no siendo menor el mérito contraído por el batallon de Guías de S. M. y cuarto de Alava, que no solamente hicieron frente á las fuerzas que iban llegando de la parte de Oteiza, sino que las desalojaron de cuantas posiciones tomaron, causándoles pérdidas de la mayor consideracion, consiguiendo el éxito más completo y favorable.»

«La artillería, á las órdenes del coronel Brea, siguió el movimiento de las columnas de ataque, y situándose en un punto conveniente, hizo tan nutrido y certero fuego sobre las baterías enemigas, que consiguió apagar los de éstas, contribuyendo eficazmente al buen éxito de la batalla.»

«Mientras las fuerzas que llevo enunciadas cooperaban tan activamente á este memorable hecho de armas, se hallaban de reserva, y dispuestos á acudir á donde conviniera, los batallones tercero y quinto de Alava, quinto de Castilla, primero de Rioja y brigada Cantabria, al mando del general Carasa, y brigadieres Fortun y Fontecha.»

«La oscuridad impidió continuar el combate, y de acuerdo con V. E., se dispuso que nuestras fuerzas se replegaran á los pueblos inmediatos.»

«V. E., que inició el ataque, comprenderá mejor que nadie la oportunidad con que todas las fuerzas de mi mando concurrieron á la línea de batalla, y de sus grandes resultados deducirá que el comportamiento de todos los señores generales, jefes, oficiales y tropa fué digno y heroico.»

«Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. E., para su satisfaccion y efectos consiguientes.»

Lo que me honro en trasladar á V. E. con el propio fin.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Muez 15 de Febrero de 1875.—Excmo. Sr.—Torcuato Mendiry.

EJÉRCITO REAL DEL NORTE. — COMANDANCIA GENERAL DE GUIPÚZCOA.

Excmo. Sr.: Tengo el honor de pasar á manos de V. E. el parte de las operaciones verificadas en esta provincia desde el día 28 de Enero último hasta el 6 del actual.

La noche del 27 de Enero se embarcaron en San Sebastian con todo sigilo varias fuerzas del enemigo, que, desembarcando con iguales precauciones en Guetaria, pudieron, á favor de la oscuridad, sorprender nuestras fuerzas, que, acometidas por mayor número, hubieron de ceder el terreno, no sin causarle bajas y replegándose al alto de Meagas. Inmediatamente que el día 28 tuve noticia de lo sucedido, dispuse que, con siete compañías del segundo batallon, marchase el brigadier Aizpúrua, para hacerse cargo de aquella línea; y en la posibilidad de que con un ataque brusco se pudiera recobrar el alto de Gárate, del que se habían apoderado comenzando á fortificarle, me persone á la misma noche, en compañía del coronel Iturbe, en el punto llamado Muniosoro, poco distante de aquella altura. Circunstancias que no se pudieron prever en aquel momento impidieron intentar por entonces la realizacion del proyectado plan, y así, dando órdenes al brigadier Aizpúrua para que, dejando las compañías del segundo batallon á las órdenes del coronel Iturbe, viniese á Andoain, volví la mañana del 29, dejando al citado coronel al frente de las fuerzas de Meagas, que consistían en dos compañías de los batallones segundo y sexto, casi todas las del de reserva, llamado de los casados, algunas del de Tercios y una seccion de cadetes, con una partida, la escolta de la Diputacion y los obreros.

Entre tanto, Loma, con todas sus fuerzas, salía de San Sebastian, dirigiéndose por el alto de Igueldo (derecha del rio Orio) á Usúrbil y Orio, concentrándose en este último la mayor parte de las mismas, que, en su trayecto entre el mar y la ria, no pudieron encontrar mas resistencia que la que pudo ofrecerles una pequeña partida, que les hizo algunas bajas.

En tanto que en Usúrbil, durante los días 29 y 30, estaba el enemigo hostilizado por nuestra artillería y el sétimo batallon, con las partidas de San Esteban y Zubieta, con algunos Tercios, en Orio se le impedía, por las compañías de los batallones segundo y sexto y la partida de Alberdi, la construccion de puentes para salvar la orilla izquierda de la ria, viéndose obligados á retirarse á Guetaria los vapores que, remolcando lanchas, se habían presentado en la ria con gente de desembarco, material de puentes y obreros. Convencido el enemigo de lo inútil de sus esfuerzos, cambió de plan, retrocediendo á San Sebastian algunos batallones, que se embarcaron para Guetaria, con objeto de atacar por retaguardia á nuestras fuerzas, que les causaban infinidad de bajas, al mismo tiempo que hacian imposible el menor avance. Previsto como estaba ya este movimiento, mientras el segundo batallon y la partida de Alberdi continuaban hostilizando á los de Orio, se situaron convenientemente el batallon vizcaino de Orduña y el sexto de esta provincia al otro lado del alto de Zurugaray, punto objetivo del enemigo, hacia el cual se dirigía por Zarauz, donde no se le pudo oponer resistencia alguna. Protegidas por un fuego horroroso de la marina, á la que no se podia contestar por hallarse fuera del alcance de nuestros fuegos, comenzaron las fuerzas enemigas, al mando de Blanco, su movimiento de avance hacia el alto de Zurugaray el día 31; pero rechazados valerosamente por nuestros voluntarios, retrocedieron en precipitada fuga á encerrarse en el barrio de San Pelayo, desde donde no

podieron avanzar un solo paso, sufriendo un sin número de bajas, á las que no poco contribuyeron los certeros disparos de una pieza de artillería de montaña. Esta pieza, dirigida con el mayor acierto, hizo retroceder por dos veces á un vapor que se puso al alcance de sus proyectiles, destrozando completamente un remolcador, contra el cual se dirigieron también algunos disparos.

Convencido ya de que la intencion del enemigo era prolongar su línea por aquella parte, siendo el centro Zarauz, me constituí para la noche del mismo día en el punto de Aya, dejando suficientemente cubierta esta línea. Desesperado el enemigo en vista de tan tenaz resistencia, trató de reforzar á Blanco con tres batallones mas, que retirándose con Oviedo de noche y con el mayor silencio á San Sebastian, desembarcaron á la mañana siguiente en Zarauz. Roto el fuego nuevamente en los mismos puntos que el día anterior, nuestros voluntarios, reforzados por el quinto batallon, contienen todavía al enemigo lo mismo que la vispera; pero un vapor que además de su blindaje venía cubierto y aspillero, consiguió penetrar en la ria, franqueó el paso á la orilla izquierda de algunas compañías de miqueletes. Desde este momento se hacia cada vez mas crítica la situacion de nuestras fuerzas, que atacadas por el mar y los dos flancos, no podían prolongar su estancia en aquellas posiciones: era, por lo tanto, necesario replegarse y dejar al enemigo que se diera la mano con los de Zarauz, y sin embargo se acababa el día cuando nuestros voluntarios principiaron á retirarse con el mayor órden. Cinco días, Excmo. Sr.; el curso de la marina y dos días de combate en direcciones opuestas y sobre una misma línea á la vez, costó al enemigo asegurar el paso de la ria disputado por un puñado de valientes, que metidos entre tres fuegos, luchaban rechazando al enemigo lleno de terror y espanto.

Efectuada de este modo la union de las fuerzas del enemigo, tomé desde Aya, como punto estratégico, las debidas disposiciones para esperar en segunda línea su ataque, que el día 3 lo dirigió contra las posiciones de Meagas, Indamendi y Urola. El coronel Iturbe, con las fuerzas ya citadas, mas el batallon vizcaino Bilbao y el sétimo de Guipúzcoa, lo sostuvieron con denuedo desde el medio día hasta la noche, cediendo tan solo al número de posiciones de Meagas é Indamendi, y replegándose con todo órden á Aizarua en los momentos que el batallon vizcaino Guernica llegaba. Conservadas, sin embargo, las posiciones de la izquierda, efectuado lo cual se dirigieron á Zumaya, de donde al poco rato fueron rechazados con grandes pérdidas, al propio tiempo que las mismas fuerzas rechazaban á los que por el camino de Deba se dirigían al parecer á este punto. El sétimo batallon de Guipúzcoa, entre tanto arrollaba á los miqueletes en las inmediaciones de Ibañarrieta con una brillante carga dada á la bayoneta, y el día 5 habían nuestras fuerzas recobrado ya todas las posiciones que á tanta costa adquirió el enemigo, el cual quedaba reducido á las posiciones de Meagas é Indamendi. Es digno de todo elogio el comportamiento de estas fuerzas, que con su valor y arrojo supieron vencer las dificultades que línea tan estensa ofrecía, arrollando al enemigo y dejándolo concretado casi á las mismas posiciones que tres días antes ocupaba.

Con los batallones quinto de Guipúzcoa á Orduña, las compañías del segundo y sexto, y el batallon Tercios de Villafranca, observaba yo desde Aya, mientras esto sucedía por la parte de Urola, al enemigo de Orio, que, situado en Usúrbil, Orio y el alto de Zurugaray, solo se entretuvo todos esos días en simular un ataque, pero sin resaltarse mas que un continuo tiroteo en toda la línea con nuestras avanzadas y las partidas de San Esteban y Zubieta. Reducida algun tanto la estension de la línea enemiga, que conservaba el alto de Indamendi, no me era dudoso ya el que su intencion fuera correrse por mi izquierda hacia los altos de Iturrioz, pues así lo indicaban sus preparativos y la concentracion de sus fuerzas hacia Indamendi y Elcano. Situadas convenientemente las fuerzas, ordené al señor teniente coronel del segundo batallon que con parte de sus fuerzas diese una sorpresa aquella noche (del 5 al 6) á la fuerza avanzada del enemigo en Indamendi. Esta operacion fué practica con tal acierto por el citado jefe, que, apoderada de un pánico indescriptible, corrió toda la fuerza enemiga á guarecerse en el alto de Gárate con tal precipitacion, que el mismo Loma, que con su E. M. iba á todo escape, se salvó milagrosamente de nuestras bayonetas, perdiendo el ros ó leopoldina en su huida, mientras Blanco con toda su division se metía en Zarauz á toda carrera.

Al mismo tiempo que esto tenia lugar en Indamendi y Elcano, se oyó también fuego de fusilería por la parte del monte Burunza en esta línea, lo cual me decidió á ordenar que inmediatamente viniese el quinto batallon, viéndome por estas circunstancias precisado á desistir de mi proyecto de aprovechar estos momentos. Un cañon de montaña hizo muy certeros disparos contra el enemigo, que ocupaba la altura del mencionado monte.

Al rato legaba el quinto batallon, y poco despues el sexto y el de Orduña, llenos todos ellos del mayor entusiasmo. Dispuesto el ataque por los señores brigadier Aizpúrua y el coronel jefe de E. M. Sr. Himestrilla, y dada la órden de ataque, se lanza á la carrera el primer batallon por la derecha del monte, ó sea por la parte de Urnieta, mientras el quinto y sexto lo hacen de frente, y comienzan á trepar con toda resolucion por la scarpada cuesta; pero el enemigo, atónito al verse acometido con tanta decision,

no espera, y sin disparar un tiro se pronuncia en vergonzosa fuga, siguiéndolo nuestros voluntarios hasta Hernani, donde, con su jefe Oviedo, entró en completa dispersion, al mismo tiempo que por el lado opuesto lo hacian Loma y Blanco, rechazados igualmente de las orillas de la costa.

Estas son, Excmo. Sr., las operaciones llevadas á cabo en esta provincia en los diez dias que ha tardado el enemigo en retirarse. La victoria moral obtenida en ellas es grande, si se atiende á que se ha hecho ver su impotencia al enemigo, que, protegido por la mar y todo, no pasa de un kilómetro el punto hasta donde mas se ha internado. El espíritu liberal de los pueblos que domina ha decaído por completo al ver á su predilecto caudillo volver despues de tantos dias sin salirse de la orilla del mar, y derrotado con mas de mil bajas que en los combates ha tenido, mientras las nuestras no llegan á ciento cincuenta. Los pueblos de la costa recordarán con horror la excursion del enemigo por ellos, entregándose al saqueo, pillaje y todo género de excesos. Treinta y tantos caserios quemados, y la devastacion de los montes que tambien han incendiado, marcan el limite hasta donde llegaron los soldados de un rey que pretende simbolizar la paz. Los soldados alfonsinos son lo mismo que los republicanos.

No me es posible distinguir en especial á nadie, pues todos, jefes oficiales y soldados, de todos los cuerpos y provincias, han rivalizado en bizarría. Los tercios, que tan poderosamente han contribuido al feliz éxito de las operaciones con su abnegacion y buenos servicios, son dignos tambien de todo elogio, mereciendo citarse entre otras compañías las de Regil y Cestona, que batiéndose con el mayor valor han demostrado que tambien ellos son carlistas, y no en vano empuñaron las armas.

Todo lo cual tengo el honor de participar á V. E. por si lo juzga digno de elevarlo al superior conocimiento de S. M.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Andoain 10 de Febrero de 1875.—Excmo. Sr.—El Comandante general interino, Domingo de Egaña.—Excmo. Sr. Ministro de la Guerra.

SECCION NO OFICIAL.

NOS DOCTOR DON JOSE CAIXAL Y ESTRADÉ, por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica, Obispo de Urgel, principe soberano de los valles de Andorra, prelado asistente al sacro sòlio pontificio, caballero gran cruz de la Real orden Americana de Isabel la Católica, noble romano, etc., etc.

A nuestro venerable arcipreste y cabildo catedral y demás clero, religiosas, hermanas y pueblo fiel de nuestra muy amada diócesis y jurisdicciones agregadas á ella, salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo, que es nuestra verdadera paz.

Mientras regia los destinos de Judá el grande y piadoso rey Josafat, se congregaron, dice el sagrado texto (II Paralip., xx, 1-25), los hijos de Moab y de Amon, llamando en su auxilio á los idumeos y á los sirios, para echarse juntos sobre el reino de Judá, aplastar al pueblo de Dios, y arrancarle de la tierra, que el mismo Dios le habia dado. Mas ¿qué hizo Josafat al conocer el extremo peligro en que amenazaba al pueblo de Dios? No se contentó con hacer todos los preparativos guerreros que aconseja la prudencia en semejantes casos, sino que, bien convencido que del Señor es la victoria, y que para darla lo mismo le sirven los pocos que los muchos, se volvió hacia Dios, poniendo en él toda su confianza, intimó un ayuno á Judá, y convocó todo su pueblo á la oracion, y dijo al Señor en voz alta delante de todos: «Deus noster, in nobis non est tanta fortitudo ut possimos huic multitudini resistere, que iruit super nos. Sed cum ignoremus quid agere debeamus hoc solum habemus residui, ut oculos nostros dirigamus ad te.» «¡Oh Dios nuestro! No es tanto nuestro valor que podamos resistir á esta muchedumbre que se precipita sobre nosotros; pero ignorando lo que hemos de hacer, una sola cosa nos queda, y es levantar á Vos nuestros ojos.»

¿Puede darse, carísimos hermanos nuestros, cosa mas parecida á la situacion en que se hallaba dos meses atrás S. M. el magnánimo Rey legitimo de las Españas, el Sr. D. Carlos VII de Borbon, al dictar la soberana resolucion de 20 de Octubre último, ordenando tres dias de rogativas y procesion pública en uno de ellos en todos sus dominios, para recabar de la misericordia divina el triunfo de su justa causa, que no es otra sino la del catolicismo? Allí eran las naciones vecinas al reino de Judá, al cual estaba entonces reducido el pueblo de Dios, las que se coligaban y venian unidas para aplastarle y dejar al Dios de Israel sin culto sobre la tierra; y aqui luchan coligadas contra el pueblo, que ha permanecido fiel en la España católica, no solo las sectas masónicas que se han formado en ella; sino tambien todos, menos uno, los gobiernos ateos de la descreída Europa con su reconocimiento y apoyo moral y aun material. Los españoles católicos en todas las provincias de España han dado pruebas muy patentes de que en su inmensa mayoría detestan á la revolucion anticatólica; mas, dominados por el masonismo, son aplastados al levantarse, y los que pueden tienen que ir á organizarse en el Norte y otros puntos privilegiados. Y no deberian los gobiernos de Europa apoyar á estos elementos únicos del verdadero orden, á cuyo frente se halla el único Rey católico que se atreva á proclamarse tal, levantando la gloriosa bandera de nuestros padres católicos, Dios, Patria y Rey? Mas lo que hacian era ceder casi vergonzosamente á las intrigas del gran enemigo del catolicismo, el furioso Diocleciano del siglo XIX.

¿Qué podria, pues, hacer en tan critica situacion el Rey católico de las Españas? Lo que hizo en Jerusalem de tres mil años atrás el gran rey Josafat; adoptar todas las medidas que dicta la prudencia; redoblar su confianza en el Dios de los ejércitos, y esperar de su misericordia el triunfo de la mas santa de las causas. ¡Cuán acertado, pues, cuán santa y cuán digno de la piedad del Rey, católico por excelencia fué el pensamiento de acudir á Dios con rogativas públicas, no dudando de que le hará justicia el Señor, Dios de las batallas, que, como nos hace decir el mismo (II Machab., xv, 21), «prout ipsi placet, dat dignis victoriam.» según su beneplácito, da la victoria á los que de ella se hacen dignos.

En favor del rey Josafat y de su pueblo, que con un corazon contrito y humillado acudió al Señor, hizo Dios el milagro de que los mismos enemigos se destruyesen sin disparar aquel una sola flecha, ni aun desenvainar la espada, y para que no dudara de donde le venia tanto bien, se lo hizo decir antes por el profeta Jahaciel, hijo de Zacarias (II Paralip., xx, 14). Y en favor nuestro, ¿qué hará el cielo si acudi-

mos al Señor con aquel espíritu contrito y humillado, que Dios nunca desprecia? No lo sabemos, hermanos carísimos; pero si hemos de juzgar por lo pasado, esperamos confiadamente que nos dará, á no tardar, un completo triunfo, aplastando á los orgullosos que nos han traído un siglo de guerras, y tal vez haciendo que se destruyan los unos á los otros como entonces. Porque nuestra causa es la causa de la Iglesia católica, á la que combaten con el mayor encarnizamiento todas las sectas masónicas, especialmente la mas perversa de todas, el hipócrita moderantismo, que engaña á las gentes sencillas con su fingida religiosidad, y canoniza los sacrilegios é impiedades de las demás sectas liberales. Además, la España es quizá la nacion menos indigna de sacudir la pimerá el yugo masónico, porque nunca se ha sometido del todo al monstruo de la revolucion. El año 23, la España, auxiliada por el ejército francés, en menos de seis meses la arrojó de su sagrado suelo, en el que no hubiera vuelto á entronizarse jamás sin la pérdida de dos napolitanas que violentaron la mano desfallecida de un rey moribundo. La España luchó con la revolucion desde el 33 al 40 y hubiera triunfado sin el apoyo extranjero y una traicion la ma villana. Volvió á luchar del 47 al 49; luchó en el 55 y en el 72, cuando el Rey dió la orden á los verdaderos españoles de empuñar las armas contra la revolucion perversa, ya que les cerraba las puertas de los comicios; se levantó con tanto brío, que ya estaria hundida la revolucion sino fuera el apoyo moral y material que le da el extranjero, porque Dios nos ha protegido de una manera visible. ¡Ah carísimos hermanos! Si nuestros pecados no impedirian que la mano de Dios se manifestara de una manera plenamente visible, ni la influencia extranjera aprovechara nada á la revolucion, ni los centenares de miles de jóvenes que arranca del hogar paterno para arrastrarlos á los combates hubieran detenido la marcha triunfal de nuestros invencibles batallones, porque Dios estaria enteramente por nosotros.

Por consiguiente, convirtámonos, carísimos hermanos; convirtámonos á Dios: destruyamos con la penitencia el pecado, que es nuestro único enemigo poderoso, que tmen las armas todos los que pueden, y acudan con sus caudales los que los poseen, como es deber de unos y otros, y echémonos todos, con lágrimas y gemidos, á los piés del Omnipotente Dios de los ejércitos, y clamemos con todas veras implorando sobre España y sobre la perseguida y atribulada Iglesia, sus inmensas misericordias. ¡Ah! ¡Si lo hacemas de veras, cuán pronto vendrá el triunfo! ¡Cuán pronto aterrorizada, huirá á sepultarse en los abismos la bestia infernal de la revolucion, que nos consume, que nos deshonra y envilece!

A este fin, accediendo gustosísimo á los piadosos deseos de S. M. y de nuestra Excmo. Diputacion á guerra, y puestas de acuerdo con las religiosas autoridades militares; pero modificando en la ejecucion la manera de poner en práctica las mencionadas rogativas, para que sean mas concurridas y se logre con mas abundancia el fruto que de ellas nos prometemos, de consejo de nuestro ilustrisimo cabildo catedral hemos acordado y decretamos lo siguiente:

Artículo 1.º En nuestra Santa Iglesia catedral y en todas las parroquias de la diócesis y jurisdicciones unidas á ella, que esten libres del yugo revolucionario, se celebrará un triduo de rogativas solemnes, con asistencia de las autoridades civiles y militares; y en el ultimo dia se hará una procesion pública de las mas solemnes que se acostumbra en la parroquia. A este efecto se pondrán los señores párrocos de acuerdo con las mencionadas autoridades, procurando dar á estas funciones el mayor interés posible. En las parroquias sometidas al yugo revolucionario harán lo que puedan y encargarán á los fieles que oren mucho.

Art. 2.º El objeto de estas rogativas no es otro que el expresado en la mencionada Real orden; esto es, «por el triunfo de la Santa Iglesia católica apostólica romana y por el pronto y feliz éxito de la presente campaña.» Se añadirá el que Dios conserve la augusta persona de S. M. el Rey D. Carlos VII.

Art. 3.º El primer domingo ó fiesta despues de recibida esta nuestra carta Pastoral, la leerán los párrocos al pueblo en el ofertorio de la Misa mayor, y se la explicarán con todo cuidado en lengua vulgar, manifestándole la inmensa necesidad que tenemos de acudir á Dios en las presentes calamidades, y el deber riguroso que tenemos todos de hacerlo. Las rogativas comenzarán el domingo ó fiesta primera despues de leida esta nuestra Carta, y continuarán en las siguientes.

Art. 4.º Las rogativas se harán del modo siguiente: En los dos primeros dias, á la hora de costumbre y despues de llamado el pueblo con un toque solemne de las campanas, se comenzará con la exposicion del Santísimo Sacramento; se cantará en seguida la tercia, donde se pueda, y, despues de la Misa mayor cantada, se rezarán ó semintonarán las letanias de los Santos, con las añadiduras, preces y oraciones abajo copiadas del Ritual Romano. En el tercer dia se hará lo mismo por la mañana; mas por la tarde se cantarán visperas solemnes, y concluidas se hará la procesion, cantando en ella las sobredichas letanias, ó si se quiere, el Santísimo Rosario, con las preces, etcétera, que copiamos abajo, las cuales se rezarán en la iglesia.

Desemos que los señores curas prediquen los tres dias sobre las necesidades de la Iglesia y de nuestra pobre Patria, que acaban de perder las sectas masónicas, exhortando mucho al pueblo á la oracion y penitencia; pero lo harán sin falta antes ó despues de la procesion del tercer dia, y en este caso será antes de rezar las preces, etc., con las que concluirá la funcion.

(Siguen las preces que han de recitarse.)

Dadas en nuestro Palacio episcopal de Urgel á seis de Enero, festividad de los Santos Reyes, de mil ochocientos setenta y cinco.—José, Obispo de Urgel.—Por mandado de S. E. I. el Obispo n.º señor, Clemente Pujol, Vicesecretario.

SECCION DE NOTICIAS.

S. A. R. el Sr. Conde de Bari, cuyo nombre es Enrique de Borbon, recordando al valeroso y popularisimo Rey Bearnes, acaba de brillar nuevamente en los campos de Lácár, ha tenido á bien dirigir el intrépido general marqués de Valde-Espina la siguiente carta, que honra de igual modo á la ilustre persona que la firma que al bizarro general á quien vá dirigida.

Dice así:

»Estella 14 de Febrero de 1875.

«Exmo. Sr. General, Marqués de Valde-Espina.

»Mi querido general y amigo: Tengo contraida con V. una deuda sagrada, y no puedo prorogar por mas tiempo la satisfaccion de la misma, sin faltar á una de los mas dulces afectos del alma: la gratitud.

»Desde que ingresé en las filas del ejército legitimista, vistiendo su honroso uniforme, deseaba ardentemente una ocasion en que pudiese probar al Rey de España, á quien me liga el doble vinculo de la sangre y del reconocimiento, que yo no era indigno de la merced que me habia dispensado concediéndome el empleo de capitán de caballeria de su admirable ejército.

»Llegó por fin el dia 3 de los corrientes, fecha memorable para las armas carlistas, y con él llegó la ocasion que yo ambicionaba.

»Cuando tuve noticia del combate que iba á librarse, solicité tomar parte en él á las inmediatas órdenes de V., pues yo queria luchar en primera línea, y V. es hombre que jamás pelea en la segunda.

»Vino el momento solemne de cargar sobre nuestros enemigos, y dos motivos, igualmente poderosos, alentaban mi corazon entusiasta. El primero consistia en que yo no era allí simplemente un capitán de caballeria, sino que era algo mas. Recordé que me llamaba Enrique de Borbon, y que peleaba á la sombra de la bandera de un Rey legitimo de mi familia, contra un principe usurpador. Consistia el segundo en que iba á combatir á los inmediatas órdenes de un valiente veterano de la legitimidad, y no podia menos de seguir su ejemplo.

»Usted cargó briosamente sobre nuestros enemigos, y juntos entramos en Lácár en medio del fuego de sus defensores, y confundidos con los valerosos voluntarios de nuestro ejército.

»Doy á V. mil gracias, mi querido general, por el favor que me dispensó llevándome á su lado en la batalla del dia 3, y porque V. me enseñó á combatir con su nobilísimo ejemplo en aquella gloriosa jornada.

»Pagada ya la deuda de gratitud que con V. tenia contraida, solo me resta ofrecerme de V. afectisimo amigo.—Enrique de Borbon, Conde de Bari.»

El general Dorregaray, general en jefe del ejército del Centro, dirigió á sus voluntarios la siguiente proclama, al encargarse de aquel importante mando:

«Voluntarios: Esclavo del deber y del honor me presenté hace mas de dos años en medio de vosotros y cumpliendo las órdenes de S. M. el Rey (q. D. g.), levanté la inmaculada bandera tradicional, y por ella verti mi sangre.

»Mas tarde fui encargado de reanimar el heroismo de los vasco-navarros, y el puñado de hombres que se puso á mis órdenes se convirtió bien pronto, tras una y otra victoria, en un ejército numeroso y aguerrido, que escita con justicia la admiracion del mundo.

»Hoy, S. M. el Rey ha tenido bien confiarme el mando de este ejército del Centro, y al hacerlo, me ha dirigido una carta, que será para mi la mayor recompensa que pudieron obtener mis servicios.

»Natural y legitimo es que me separe con pena de aquel ejército del Norte, que he visto nacer, crecer y desarrollarse como un gigante, y tantas glorias ha conquistado en tan breve tiempo. Pero S. M. el Rey ha puesto toda su confianza en mí al enviarme entre vosotros, y esa augusta confianza, y la que vuestro valor y vuestras grandes virtudes me inspiran, despiertan en mí nuevo entusiasmo y mayor decision en la gloriosa lucha que vamos á proseguir.

»El Rey os llama su vanguardia, y espera que le abriremos las puertas de Madrid.

»¡Volvedme los brazos! ¡Juremos cumplir las esperanzas de S. M.!

»Para esto cuento con vuestro reconocido heroismo y con la mas absoluta subordinacion, sin la cual no hay ejército posible, ni posibles son tampoco las victorias.

»Los valientes y los subordinados tendrán en mí un compañero, un padre. Para aquellos que falten á su deber no seré nunca mas que un jefe inflexible y severo.

»Os conozeo, y me conozeis. Porque os conozeo, sé que cumplireis como buenos; porque me conozeis, estais seguros de que haré lo que os digo.

»La tierra de Jaime el Conquistador y de Alfonso el Magnánimo asombró en otro tiempo al mundo con el ruido de sus hazañas.

»Dignos nietos de aquellos héroes, vosotros resucitared sus glorias, y los tiranos de Madrid os verán con espanto llegar al pié de sus muros y clavar allí para siempre la bandera de la cruz y de la Monarquía legitima.

»¡Voluntarios! ¡viva la religion! ¡viva España! ¡viva el Rey!—Vuestro general en jefe, Antonio Dorregaray.»

De «El Imparcial»:

«Asegúrase que el general Moriones ha expuesto al gobierno la necesidad en que se halla de tomar este año, como los anteriores, las aguas que tan benéficamente prueban á su quebrantada salud.»

¡Porque no le dan el mando del Norte!

S. M., acompañado del Ingeniero general Sr. Alemany, visitó é inspeccionó detenidamente los dias 19 y 20 algunas obras de fortificacion construidas cerca de Estella.

En «La Epoca» encontramos un artículo con este titulo: «¡Alfonso XII, Pio IX y Espartero!»

¡Qué ridiculo mosaico y que infame profanacion!

Los soldados que huyeron en Lorca serán enviados al ejército de Cuba.

Habiendo recibido el señor brigadier D. Carlos Calderon, primer jefe del batallon «Guías del Rey», la cantidad de 4.000 francos de una persona caritativa de Paris para socorrer á los heridos y familias de los fallecidos del mismo en las acciones libradas en Irun, Urnieta y Lácár, se hace público para que los interesados de estos últimos acudan á esta caja á recoger lo que les ha correspondido.

Ayegui 20 de Febrero de 1875.—El brigadier primer jefe, Carlos Calderon.